



El cura y su hermana discutían acaloradamente.

—Mira, Faustino, que te ha de pesar.

—Mentira parece que digas eso, Paquita. ¿Por qué ha de pesarme una buena acción?

—Ya sabes que el chico es de mala casta: gitanos los abuelos, gitanos los padres; ladrones, Dios me perdone, todos ellos.

—Haz bien y no mires á quién.

—¿Pero no es un cargo de conciencia, Faustino de mi alma, malgastar la caridad en este mastuerzo, habiendo por el mundo tantos infelices que lo merecen más y no lo necesitan menos?

—Sofismas, Paquita, sofismas, y sutilezas del espíritu malo, que para tentar almas buenas como la tuya se disfraza de ángel de luz. ¿Cuál es la miseria que estamos más obligados á socorrer? La que tenemos más cerca, créelo, hermana.

Doña Paquita cabeceó, atrincherando su

obstinación tras significativo silencio. «No me convences», parecían decir los ojillos inquietos, único resto juvenil en su rostro marchito de sesentona.

Era casi anochecido. El cura y su hermana discutían, lejos uno de otro, porque ella, pegada á la reja, aprovechaba los últimos destellos de luz para perfilar los zurcidos de un alba, y él paseaba, abajo y arriba, las honduras de la habitación, ya anegada en sombras.

Al cabeceo de doña Paquita siguió un prolongado silencio; pero, sin duda, la indignación que de los ojos le brotaba tenía el raro privilegio de atravesar la obscuridad y llegar al hermano traducida en palabras de protesta; porque al cabo de un rato repitió él, como replicando á un largo discurso suasorio:

—Parece mentira, Paquita, parece mentira...

—¡Alma de Dios!—exclamó ella con arrebatada viveza de expresión, mientras doblaba calmosamente el alba ya zurcida—. Haz lo que se te antoje. Dios te pagará la caridad; pero el chico á disgustos te ha de quitar la vida.

—¿Y si antes se la quita á él el hambre?

—Mala yerba nunca muere.

—No seas testaruda, mujer. Ahí le tienes: la madre, muerta esta mañana; el padre, Dios sabrá... ¿Le hemos de dejar en la calle?

—De la piel del diablo es el condenado.

—Acá le enseñaremos como Dios manda..., ya verás tú si ha de ser mozo de provecho.

El objeto, sujeto, motivo ó como quiera llamarsele de la fraternal pelea, estaba acurrucado en un rincón del cuarto, tan inmóvil que nadie hubiese acertado á decir si dormía ó velaba.

Era un rapaz de entre siete y diez años, re-tostado y flacucho, con ojos inmensos y greñas lustrosas, oscuros los unos como endrinas, negras las otras como tizones.

—¿No es verdad—dijo el cura dirigiéndose á él—que tú has de ser bueno, y te has de sujetar á lo que te manden...?

El chico no respondió.

—Sí, sí—susurró dubitativamente doña Paquita.

—Ven acá, muchacho—insistió don Faustino. Y viendo que el interpelado continuaba inmóvil, se acercó á él, le cogió por un brazo y le llevó á la luz, junto á la ventana. El rostro del rapaz se mostró ceñudo. Rehuía las miradas del clérigo y, en cambio, acechaba de reojo el rostro de la anciana, su aparente enemiga.

—¿Cómo te llamas?—Silencio. El cura preguntó de nuevo: —¿Cómo te llamas, criatura?

—Er Mengue me dicen—refunfuñó con voz desentonada el arrapiezo.

—¡Ave María Purísima!—chilló doña Paquita—. ¡El Mengue! ¿Has oído, Faustino?...

—Sí mujer, sí.. Y vamos á ver: ¿tú te quieres quedar con nosotros? ¿Quieres aprender Doctrina y buena crianza? ¿Quieres estar recogido en casa, ir á la escuela...? ¿Sabes rezar? ¿Sabes persignarte?—Atropellaba el bueno del cura las interrogantes, que iban gradualmente adquiriendo, á medida que las anteriores quedaban sin respuesta, matices de enfado.

El gitanillo se obstinaba en su silencio; parecía como si todo aquello no rezase con él, como si en aquel momento se estuviesen tratando en presencia suya cuestiones las más remotas y alejadas de su propio interés y conocimiento.

Don Faustino, reducido al silencio por la desesperación, miró á su hermana como pidiendo auxilio; ella se encogió de hombros, y dando media vuelta se dispuso á salir de la habitación; al verla el chicuelo alejarse con la lentitud de movimiento á que tan recio contraste formaba la vivacidad chispisaltadora en el hablar, dió un suspiro, cual si de un grave peso se aliviase, y encarándose con el cura,

le dijo breve é imperiosamente, como quien reclama un derecho:

—¡Quiero pan!

—¡Santa María!—exclamó don Faustino—. ¿Lo ves, Paquita? Mientras nosotros discutíamos en tonto, esta criatura tenía hambre. ¿Lo ves, lo ves? Antes de discutir si debe hacerse el bien, debemos empezar por hacerlo...

Y arrastró al chico á la cocina; dos minutos después devoraba el cuitado abundante pitanza, y una hora más tarde dormía como un tronco en el camastro improvisado por las manos piadosas de doña Paquita.

cando inquietas su destino. También echa sombras al suelo—y alguna de ellas, irreverente, se atreve á acariciar las mejillas escuálidas del cura—la copa de una acacia que se balancea dos pasos más allá, en el atrio, y que ostenta sus ramas, aún sin hojas, cargadas del tentador *pan* y *quesillo*; bajo las tejas del alero hay, sin duda, peleas de gorriones, porque se escucha piar inoésante; á intervalos algún cantor más fino preludia un gorjeo de esos rápidos, casi balbucientes que nacen y mueren en un segundo, de esos que sólo se oyen en primavera; los fuertes aromas de la acacia embalsaman el aire, desparramando gérmenes sutiles de sensual somnolencia; en la sacristía emprenden batalla con las emanaciones ascéticas del incienso: hay en la contienda de los aromas algo de la eterna lucha entre cuerpo y alma; el caso es que poco á poco el perfume de fuera triunfa y señorea; el incienso, vencido, sale por las ventanas en tenues nubecillas, enrosca al pasar sus volutas á los rayos del sol, queriendo acaso mermarles brillo, y sólo consigue centellear un instante, revolotear aturdido, tornarse azul y plata como nimbo de virgen, y perderse después hecho trizas en las ondas clarísimas del aire.

Juanillo está en pie; pero el sopor latente en la Naturaleza influye sobre su desmedrado

## II

Tres días después don Faustino, como sumido en el sitial de empinado respaldo, tiene frente por frente á Juanillo. Tras pacientísimas investigaciones, doña Paquita ha logrado averiguar que Juanillo es nombre primitivo y cristiano de «El Mengue».

Va mediando la mañana, que es mañana de Mayo, clara, ruidosa y empapada de buenos olores. Las dos ventanas de la sacristía están de par en par, y por ellas entran, con torrentes de luz, todos los ruidos del pueblo; pero fundidos en conjunto tan armónico y confuso que no alcanzan á turbar la paz de aquella antesala del Santuario.

El maderamen de los arcones chisporrotea al sol como si fuese bronce bruñido; los espejos, quebrando aquí y allí algún rayo de sol, pintan el arco iris sobre la blancura de las paredes; las sombras de la reja tienden en las baldosas del pavimento ringleras de cruces, que á cada paso crecen y menguan como bus-

cuerpecillo, que da muestras frecuentes de laxitud en forma de estirones y bostezos. Lleva las greñas trasquiladas, y el rostro, merced al paso del agua regeneradora, muestra, en substitución de la costra negruzca, matices retostados como de barro bien cocido; también la limpieza y el trasquileo dejan percibir en frente y cabeza ciertas huellas blancuzcas, cicatrices de otras tantas heridas ganadas á pedrada limpia en numerosas contiendas por el honor del nombre.

El cura interroga y aconseja con acento doctoral; el muchacho se aburre indudable y soberanamente.

—Mira, Juanillo, tú has vivido hasta ahora como los pájaros del campo: sin ley de Dios ni de los hombres; pero de aquí en adelante vivirás como persona, aprendiendo lo necesario, tratando á las gentes... ¿No te parece, hijo, que será mejor?

El chico dió un vistazo engolosinado á la nevada copa de la acacia, como si en los racimos de flor se escondiese el oráculo que había de dictarle respuesta.

—Usted verá—respondió al cabo filosóficamente.

El cura dió un respingo.

—¡Usted verá! Me place tu frescura. ¡Claro que yo he de ver! Pero ven aquí, alma de cán-

taro: lo que te pregunto es si te gusta vivir con nosotros, si te haces á la casa...

El rostro de Juanillo se animó un momento, y con arranque de energía insólita, afirmó rotundamente:

—Eza mujé no me tiene ley.

Quedóse don Faustino perplejo, sin acertar á comprender lo que el gitano quería decir; poco á poco, sin embargo, la perplejidad fué dejando paso á la indignación. «Esa mujer» no podía ser otra que doña Paquita.

—¡Esa mujer! ¡Habrá desacato! ¿Qué dices, chiquillo?

—Ni yo á eya—refunfuñó el gitano.

—¡Cómo se entiende! Has de saber que para nombrar á mi hermana debes decir siempre doña Paquita, ¿me entiendes?, doña Paquita.

—¡Doña Paquita!...

—Sí, señor; y has de guardarle el mayor respeto... Vamos á otra cosa. ¿Tú sabes leer?

Los ojos de Juanillo se dilataron con espanto. ¡Leer! Decididamente el angelito estaba montaraz.

—¿Y persignarte?

—Zí, zeñó.

—Menos mal; á ver..., que te persignes digo... ¡Ave María Purísima! Basta, basta... ¿Quién te ha enseñado á hacer esos visajes?

—Nadie, zeñó...

—Ya se conoce; ¿y rezar, sabes? Oraciones, digo.

—¡Ah! Zí, zeñó: zé una.

—Dila.

Irguióse el gitano visiblemente satisfecho. Llegó la hora de lucir su ciencia. Guardó una pausa preliminar de seguro efecto oratorio, y empezó con tono lastimero la recitación de la que él juzgaba, al parecer, devotísima pleraria:

Cien candelinas ardiendo  
y otras tantas resplandiendo  
porque er Zeñó es mi padre  
y Zanta María mi madre  
y Zan Pedro mi pariente;  
púzome la cruz en la frente  
pa que er diablo no me tiente  
ni de noche ni de día,  
Pater Noster, Ave María.

—¡Calla, demonio, calla!—interrumpió el padre cura tapándose los oídos por no escuchar la fementida canturia.

Paróse en seco el recitante, acometido del mayor asombro.

—¿Es que no va bien?—preguntó.

—Eso tampoco te lo habrá enseñado nadie.

—Zí, zeñó: mi madre.

—¡Dios la haya perdonado!—suspiró el cura—. Bueno, hijo, bueno; ya irás aprendiendo. ¿Otras cosas no sabes?

—¿Máz oraciones? Una zé...

—No, no, gracias. Otras cosas; quiero decir de trabajar.

—Zé buscá níos.

—Algo es algo.

—Y *afaná* lo que zarga.

—¡Jesús mil veces!—Por lo visto Paquita tenía razón.—Pero, chiquillo, ¿tú no sabes que el apoderarse de lo ajeno es pecado, pecado gravísimo?

¡Pecado! La tremenda palabra resbalaba sobre la conciencia de Juanillo sin hacer mella alguna... Sin embargo, algún sentido de prohibición debió de percibir en el indignado acento del cura, porque murmuró un tanto confuso:

—Es decí, que zi usté tiene una coza.. y yo...

—Y tú la quieres, ¿no es eso? M: la pides.

—¿Y zi usté no me la quiere dá?

—Entonces, hijo, te quedas sin ella, y paciencia; las cosas en este mundo tienen dueño, y ese dueño...—El sermón quedó en suspenso; el catequista observó que el catequizado estaba pensando en otra cosa. ¿Cuál sería ella?

—Mire usté..., también zé tirá una piedra... y ezo... á usté zí que le tengo ley, porque... bueno, pue usté me dice: «Mira, ¡á eze!», y lo dejo en er zitío.

Don Faustino se puso en pie de un salto y tapó al chiquillo la boca con mano temblorosa.

—Ven acá, criatura, ven acá: ¿tú sabes lo que dices?—Cogido de un brazo lo zarandea por la sacristía.—¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios!

Por fin abrió una puertecilla y salió á la iglesia, llevando siempre consigo al muchacho. La obscuridad de la nave pareció estremecerse al ser herida por la lanzada de luz que atravesó la puerta de la sacristía. En ella, como figuras negras sobre retablo de oro, se destacaban el cura y Juanillo.

—Arrodíllate, criatura. ¿Tú sabes quién es Dios? ¡Qué importa! Dios sabe quién eres tú. Vas á repetir lo que yo te diga. Empieza: Señor mío Jesucristo...

—Zeño mío Jezucristo...—repetía el gitano, asustado por la exaltación del clérigo.

La doble oración repercutía con resonancias profundas en el templo vacío; sus palabras pedían misericordia, luz para un alma sumida en tinieblas: bóvedas y muros, también tenebrosos, parecían aprisionar la plegaria, cerrándole el camino del cielo, y la plegaria revoloteaba, agitando la obscuridad como mariposa invisible. Acaso en sus revoloteos alcan-

zó el camino de luz que por la puerta entraba; acaso precipitándose por él salió de la iglesia y ascendió por los aires hasta llegar al trono de Dios.



## III

—Lo cierto es que con la venida del chico parece que ha caído en casa un chaparrón de vida...

—Tormenta, Faustino, tormenta.

—¡Mujer! ¿No es una bendición de Dios oír cómo charla, cómo revuelve la criatura? A mí, la verdad te digo, se me alegra el alma; porque, ¡cuidado si el muchacho es bullicioso y dicharachero! Cazurro parecía á los principios; pero, ¡ya, ya!

—¡Ya, ya!—repitió doña Paquita como eco fatídico. Don Faustino se quedó mirándola.

—¿Qué tienes que decir, Paquita? En el acento te conozco que algo sabes y te callas.

—¡Como si no lo supieras tú también!—Llevaban las palabras de la anciana tono de áspera reconvención. Hubo una pausa preñada de menudas tragedias.—¡Es un escándalo, hermano, un verdadero escándalo, y Dios Nuestro Señor te ha de pedir cuenta de él! ¿Te

parece regular que el mal ejemplo salga de nuestra misma casa, de casa del cura?

—¡El mal ejemplo!

—¡Hazte de nuevas! Estás oyendo á todas horas los horrores que salen de la boca de esa criatura. ¡Sangre gitana había de tener! ¡Y que termina pronto en poniéndose á decir picardías! Fama tiene su mala lengua en todo el concejo. Y luego... ni á Dios ni á los hombres respeta el condenado.

—¡Paquita, Paquita!

—¡Faustino, Faustino! ¿Hay orden en esta casa desde que el gitano entró en ella; hay limpieza, hay arreglo, hay...? Al paso que vamos no habrá muy pronto ni gracia de Dios.

—Porque tú la pierdes, Paquita, con esos arrebatos. Recuerda lo que dice el Apóstol: *Charitas benigna est.*

—¡Déjame á mí de Apóstoles!

—Todos tenemos obligación de serlo en la medida de nuestras fuerzas. ¿Que Juanillo es malo?...

—Rematado.

—Como quieras; de la piel del diablo. Ya ves tú, por lo mismo es preciso quererle más. La oveja descarriada, Paquita. ¡Figúrate tú qué gloria para nosotros si lográramos volverla al aprisco!... Para nosotros, sí, porque tú has de hacer lo que esté de tu parte... Sí,

malo, muy malo; completamente virgen de toda noción moral. ¡ Mejor que mejor!... Voluntarioso, terco. ¡ Mejor que mejor; te digo que mejor! Acuérdate de Pablo, de Agustín. El alma de hierro del perseguidor hecha columna de la Iglesia. El enamorado de la belleza terrena trocado en intérprete de la hermosura divina.—Desenvolvía el cura sus razones con giros amplios y ondulados como de sermón, formulando sus entusiasmos con reminiscencias de lecturas piadosas.—Verás, mujer, verás; si el muchacho ha de ser una alhaja. Toda la energía que pone en sus picardihuelas y maldades, ha de tener para amar la virtud, una vez que llegue á comprenderla. ¡ Eso va de mi cuenta, Paquita, de mi cuenta!

La confidente cabeceaba. No era doña Paquita incrédula; pero tenía ese tenaz espíritu de contradicción peculiar á todas las mujeres por buenas que sean, cuando no poseen para vencerlo un entendimiento que rebase los límites de lo vulgar, y bastaba que don Faustino tuviese el convencimiento de la conversión del pupilo para que ella dudase.

—¿ No dices nada, no contestas, mujer?

El semblante de la buena señora adquirió en aquel momento el grado máximo de indignación.

—¿ Qué te ocurre?

—Pero ¿ no oyes, hombre, no oyes?

Oíase, en efecto, la voz de Juanillo. Subía alta y vibrante desde el huerto, y decía:

—¡ Ña Paquita, ña Paquita, baje corriendo, que er gayo pinto quiere escaparze!... ¡ Ña Paquita!

—¿ No estás oyendo? ¡ Habrá insolencia!

—¡ Mujer!—El cura se apuraba queriendo penetrar el motivo de aquella violenta indignación; al fin hubo ella de explicarla.

—Has de saber que ese arrapiezo sin pizca de respeto no quería llamarme por mi nombre.

—Lo sé...

—Y que decía al hablar de mí: «esa mujer».

—Bien sabes que se lo tengo prohibido.

—Bien sabes el caso que te hace.

—Orden le dí de que te llamara doña Paquita.

—Y empeñóse él en llamarme *señá* Paquita, como á la última del lugar.

—Reprendíle de firme.

—Y mira el alma mía lo que ha inventado. Para no pecar y salirse con la suya, me llama *ña* Paquita. ¡ Claro!—El cura se reía.—Ríete, ríete, que el caso tiene gracia. ¿ Te gusta el mote? Pues por él me conocen en todo el lugar. ¡ Ña Paquita arriba, ña Paquita abajo! ¡ Si hay para cogerle!...

—*Charitas non irascitur*—dijo el clérigo con benévolo acento; pero las palabras del Apóstol fueron por esta vez pólvora en ascuas que hizo saltar en pedazos hasta la tradicional calma de movimientos de la anciana señora. Alzóse de la silla bruscamente, dejó soltar los puntos de la calceta, y después de desafiar con enérgica mirada á centenares de enemigos invisibles, sin duda ocultos en los rincones, salió de la estancia con paso menudo y precipitado. Iba somormujando indignados monosílabos. La voz de Juanillo seguía vibrando en el huerto:

—¡Ña Paquita, ña Paquita!

## IV

—Juanillo, á dar la lección.

El despacho de don Faustino está sumido en mística penumbra: sobre la mesa descansa el Breviario protegido por funda de estameña; sus hojas, carcomidas al margen, testimonian la fidelidad en las preces del santo varón; múltiples chirimbolos de cartón forrados en papel anogalado, la habilidad paciente de sus manos: hay, entre otros, una papelera, motivo de admiración casi extática para Juanillo... ¡como que tiene cuatro compartimientos y otros tantos tabiques divisorios recortados en forma de lira! Son estas liras simbolismo inocente: don Faustino guarda de sus remotos estudios retóricos cierta debilidad por las musas, y en sus horas de insomnio suele hacer versos, versos que canta el sacristán en las novenas con ritmo gangueante.

Al eco, siempre formidable, de la voz *lección*, se despereza el Mengue. Estaba tendido en el suelo atisbando la raya de luz que por